TRADUCTORES DE LAS *BUCÓLICAS* DE VIRGILIO EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX

CARMEN RAMOS SANTANA
UNIVERSIDAD DE CÁDIZ

En la primera mitad del siglo XIX, en concreto entre 1829 y 1844, se publicaron en España cuatro traducciones, tres totales y una parcial, de las *Bucólicas* de Virgilio. La primera en ser impresa fue la de Félix María Hidalgo (1829), a la que siguieron las de Manuel Montes de Oca (1834), Francisco Lorente (1834) y Juan Gualberto González (1844). El propósito del presente trabajo es, una vez conocidos los traductores, contextualizar estas traducciones en el ambiente literario del momento en que fueron editadas, así como revisar los juicios estilísticos que vertieron sobre ellas críticos literarios contemporáneos[1].

1 Los traductores

En 1829, Félix María Hidalgo publicaba en Sevilla, en la imprenta de H. Dávila, Llera y Compañía, su traducción de Virgilio con el título de *Las Bucólicas de Virgilio traducidas en versos castellanos con notas y observaciones críticas por D. Félix M. Hidalgo*[2]. Hidalgo (San

[1] Para el asunto de este artículo es de referencia obligada el capítulo dedicado a los traductores de las *Bucólicas* en España incluido en el tomo IX de la *Bibliografía hispano-latina clásica* de M. Menéndez Pelayo, así como sus *Traductores de las Églogas y Geórgicas de Virgilio* (1879). Este opúsculo se volvió a publicar en la *Bibliografía hispano-latina* (1950-1953: IX,186-234) y en el tomo XX de la Biblioteca Clásica (*cf.* nota siguiente).

[2] La traducción de Hidalgo volvió a ser editada -sin el texto latino que sí está en la edición príncipe- en *Églogas y Geórgicas de Publio Virgilio Marón; traducidas en versos castellanos por Félix M. Hidalgo y Miguel Antonio Caro; con un estudio preliminar de D. Marcelino Menéndez Pelayo*, Madrid, Imprenta Central a cargo de V. Saiz, 1879, y de nuevo en Madrid, Librería de Perlado, Páez y Cia., Sucesores de Hernando, 1909

Fernando, Cádiz, 1790-1835) estudió en la Universidad hispalense filosofía, jurisprudencia, teología y humanidades, donde fue alumno de Lista, Blanco y Reinoso. Desempeñó distintos cargos civiles -alcalde constitucional de Sevilla, juez en Sevilla y Cádiz, secretario del Gobierno civil de Huelva-, que compaginó con una intensa vida intelectual. Participó muy activamente en los círculos culturales sevillanos, siendo miembro destacado de la *Sociedad Económica de Amigos del País,* donde ocupó la cátedra de humanidades y ganó en 1815 un premio de poesía junto al duque de Rivas y a Vargas Ponce. En cuanto a la creación literaria, además de su traducción de las *Bucólicas* de Virgilio, por la que es principalmente conocido, escribió otras piezas poéticas como *La España restaurada por la Victoria de Bailén* o *El triunfo de la constancia española*[3], así como un tratado teórico sobre poesía titulado *Discurso sobre la unión que entre sí tienen la razón y el buen gusto* (1833).

Manuel Montes de Oca nació en 1804 también en la provincia de Cádiz, concretamente en Medina Sidonia[4]. Fue marino y político de relieve, llegando a ser procurador por Cádiz en 1834, diputado en varias ocasiones, secretario del Estamento de Procuradores y ministro de Marina, Comercio y Gobernación de Ultramar. En 1836 el motín de La Granja provocó su apartamiento de la vida política madrileña y que fuera enviado al Departamento de Cádiz. En tierras andaluzas se entregó al estudio y al cultivo de la literatura, y trabó relaciones con Reinoso y Lista. Adepto a María Cristina de Borbón, formó parte de la sublevación que pretendía devolver la regencia a la reina desterrada, lo que le costó la vida en 1841, cuando fue fusilado en Vitoria por partidarios de Espartero.

Montes de Oca escribió varias composiciones poéticas (odas, sátiras), algunas de ellas publicadas en la prensa local gaditana, y tradujo además dos églogas de Virgilio, en concreto la primera y la cuarta. Éstas se publicaron como cuadernos sueltos, en la imprenta gaditana de

---

(Biblioteca Clásica, t. 20). La traducción de las *Geórgicas* es la de Caro publicada en Bogotá, en 1873 (Virgilio Marón, Publio, *Obras traducidas en versos castellanos con una introducción y notas por M. Antonio Caro*, Bogotá, Imp. de Echevarría Hermanos, 1873). El estudio de Menéndez Pelayo es justamente su *Traductores de las Églogas y Geórgicas de Virgilio,* que cito en la nota 1.

[3] Las poesías mencionadas fueron editadas por L. A. de Cueto en *Poetas líricos del siglo XVIII*, III, 736-740 (BAE , LXVII). Los datos biográficos sobre Hidalgo los he tomado del propio Cueto y, sobre todo, de Ruiz Lagos (1974); cf. también la *Gran Enciclopedia Andaluza*, V, 1928-1930.

[4] Para la biografía de Montes de Oca léase el episodio que lleva su nombre incluido en la tercera serie de los *Episodios Nacionales* de Benito Pérez Galdós.

D. Esteban Picardo, sita en la plazuela del Palillero, en 1834, con el título de *Versión castellana de la Primera y Cuarta Églogas de Virgilio por D. Manuel Montes de Oca, alférez de Navío de la Real Armada.* Años más tarde, en 1869, Eugenio de Ochoa recuperó esta versión y la reprodujo en las notas a su propia traducción de las obras de Virgilio, para, según sus propias palabras, evitar su pérdida[5].

Francisco Lorente, de origen aragonés, fue presbítero y canónigo de Valladolid, además de catedrático de teología del Seminario Conciliar de Segorbe y miembro supernumerario de la Real Academia greco-latina. En 1834 publica en Madrid, en la imprenta de la calle del Amor de Dios nº 14, *Las Bucólicas de Virgilio, traducidas en verso castellano con algunas notas, por el Presbítero Don Francisco Lorente.* También tradujo algunos fragmentos de la *Eneida* y de las *Geórgicas* (Madrid, 1856) y *Los Cánticos de Salomón* (Valencia, 1822). Compuso además un *Discurso con el motivo de haber jurado el Rey la Constitución Política de la Monarquía Española*, que se pronunció en la catedral de Jaca y se publicó en Zaragoza en 1820, así como un *Compendio de la historia de la aparición y milagros de Nuestra Señora del Tremendal* (Zaragoza, 1858 y 1866)[6].

Juan Gualberto González era natural de Encinasola (Huelva), donde nació en 1777. Humanista y político señalado, ocupó varios cargos de responsabilidad a lo largo de su vida, entre otros los de ministro de Estado y de Gracia y Justicia. Filólogo y humanista notable -fue incluido por la Academia Española entre las autoridades de la lengua- tradujo el *Ars Poetica* de Horacio, las *Églogas* de Virgilio, y a los bucólicos Calpurnio y Nemesiano. Sus obras fueron publicadas en Madrid, en la Imprenta de Alegría y Charlain, en 1844, distribuidas en tres tomos y con el título de *Obras en verso y prosa* de D. Juan Gualberto González[7]. Falleció en Madrid en 1857.

Estas breves biografías nos muestran que tres de los traductores

---

[5] Cf. *Obras completas de P. Virgilio Marón, traducidas al castellano por D. Eugenio Ochoa*, Madrid, Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, 1869, pp. 742 y ss.

[6] Para estas obras, cf. Ruiz Lasala (1977). Los datos biográficos de Lorente los he obtenido de las fuentes bibliográficas consultadas y de las portadas de sus propias obras.

[7] El tomo primero contiene la traducción de la *Epistola ad Pisones* de Horacio y de las *Églogas* de Virgilio; el segundo, la traducción de las *Églogas* de Nemesiano y Calpurnio, y algunas traducciones y composiciones sueltas; en el tomo tercero se recopilan artículos sobre distintas materias filológicas: versificación latina y castellana, sinonimia y gramática. La traducción de la *Églogas* de Virgilio ha sido estudiada por Roldán Pérez (1984); del autor ofrece una breve biografía la *Gran Enciclopedia Andaluza* (IV, 1749).

estudiados, Hidalgo, Montes de Oca y González, fueron andaluces y personajes destacados de la vida sociopolítica de la época, en la que participaron activamente. Sólo Francisco Lorente tiene un perfil distinto, con una vida consagrada a la religión y a la enseñanza, y alejada de tierra andaluza.

Todos ellos, si volvemos a exceptuar a Lorente, se pueden situar en los aledaños de la escuela de poesía neoclásica que a principios del XIX se organizó en Sevilla. En esta ciudad se formaron intelectualmente, los tres tuvieron vínculos, más o menos intensos, con miembros de esta escuela -Alberto Lista, Félix José Reinoso, José María Blanco White- y los tres se encuadran, por su posicionamiento estético y literario, dentro del Neoclasicismo.

Juan Gualberto González fue amigo de los sevillanos. Su estrecha relación con Lista o Reinoso puede reconstruirse a través del epistolario del primero. Ambos corrigieron, a petición del propio González, su traducción del *Ars Poetica* de Horacio[8], y fueron varios los favores personales que González hizo a Lista, quienes, por otra parte, trabajaron juntos, tras la muerte de Reinoso, en la publicación de las obras del poeta sevillano[9]. Félix María Hidalgo fue alumno de Lista, Blanco y Reinoso en la Universidad de Sevilla, donde hubo de fraguarse su amistad con el grupo sevillano. El propio Lista publicó en el nº 169 de la *Gaceta de Bayona*, de 14 de mayo de 1830, una elogiosa reseña de su traducción de las *Églogas* -aunque sin ocultar los defectos que observaba en ella-, y Menéndez Pelayo afirma que ésta es según "el unánime acuerdo de los doctos [...] una de las joyas más preciadas de la moderna escuela sevillana"[10]. Por último, también Montes de Oca trabó amistad con

[8] De las correcciones que Lista y Reinoso hicieron a su traducción habla González en una carta dirigida a Lista el 18 de agosto de 1841; con otra de 4 de junio de 1845 envía al sevillano un ejemplar del tomo segundo de sus *Obras en verso y prosa;* por último, en carta de 22 de mayo de 1846 pueden leerse las consideraciones que la crítica de Lista a su versión del *Ars Poetica* mereció a González (estas cartas fueron editadas por Juretschke 1951: 658-665, 669-671, 675-679).

[9] Sobre la publicación de las obra de Reinoso véanse las cartas de Lista *a un amigo* y de J. G. González a Lista publicadas por Juretschke (1951: 655-665). Por otra parte, en la carta de González a Lista de 18 de agosto de 1841 (Juretschke 1951: 658 y ss.), donde se habla de la publicación de las obras de Reinoso y de la censura que les hizo González, éste menciona a un Montes de Oca que también las había revisado y que estaba enfermo; bien podría tratarse de Manuel Montes de Oca, que murió ese mismo año luchado contra Espartero y los suyos.

[10] Cf. *Traductores de las Églogas y Geórgicas de Virgilio* en Menéndez Pelayo 1950-1953: IX,214.

Reinoso y Lista en el tiempo que pasó en Cádiz, y, según Menéndez Pelayo, fue alumno suyo. Nos encontramos, pues, ante intelectuales que compaginan su faceta de filólogos y humanistas con la creación literaria, en la que militan en las filas del Neoclasicismo.

2 El contexto literario de la primera mitad del siglo XIX: la polémica entre neoclásicos y románticos en torno al género bucólico

Precisamente estas dos facetas que van unidas -de un lado, su preferencia, como poetas, por el Neoclasicismo y, de otro, su interés, como humanistas, por la filología y la tradición clásica- explican en buena parte su elección de Virgilio y de su poesía eglógica en unos momentos que no eran favorables ni para el autor ni para el género. Traducir, y no digamos componer, poesía pastoril en las primeras décadas del ochocientos era una apuesta hasta cierto punto arriesgada. La bucólica no estaba ya de moda y no conseguía suscitar el interés ni la simpatía de las nuevas corrientes literarias. Los románticos, en efecto, rechazan con desprecio y mofa el género; baste recordar el conocido "El pastor Clasiquino" que Espronceda publica en 1835[11] -un año después de que Lorente y Montes de Oca publicaran sus traducciones-, donde el poeta romántico satiriza las historias de pastores narradas en las églogas. Espronceda, y el Romanticismo en general, repudia el escenario, los personajes y los cánones literarios de la poesía pastoral, pero sobre todo la filosofía que emana del género: la idealización de la vida sencilla y el alejamiento del mundo circundante, que entiende como una "burda evasión irresponsable" (Balcells 1979: 10) de la realidad cotidiana. Pero el rechazo no lo sufría sólo el género, sino que alcanzaba también a sus cultivadores y aun a los clásicos, Teócrito y Virgilio. Era, en fin, consecuencia del poco apego que el Romanticismo sintió por la literatura y los modelos clásicos, y por sus seguidores.

Pero frente al desinterés romántico se alzan las voces de aquellos que siguen defendiendo y valorando la bucólica. Y entre ellas la de Alberto Lista. El sevillano publica en 1844[12] -el mismo año que González

[11] En *El Artista*, 1835, I, 251-252. El texto ha sido editado y estudiado por J. Mª Balcells (1979), donde analiza además los motivos de la aversión romántica por la poesía de pastores, y la polémica que ello suscitó entre neoclásicos y románticos.

[12] En *Ensayos literarios y críticos*, Sevilla, Calvo-Rubio y Cía., 1844, II, 32-34. Lista había publicado cuatro años antes otro artículo de título parecido, "De la poesía pastoril", en sus *Artículos críticos y literarios*, que fueron editados en La Palma en 1840 (I, 169-174). Recordemos aquí que para la escuela sevillana fue una preocupación constante la restauración de los clásicos grecolatinos.

envía a la imprenta su Virgilio- el artículo "De la poesía pastoral" donde analiza los motivos por los que esta poesía no gozaba del aprecio de los románticos. Tras reconocer que a la sazón era moda burlarse de las composiciones pastoriles y tras descargar de toda la culpa al Romanticismo ya que el género empezó a ser mal visto "desde la Revolución Francesa y desde que se apoderó de los ánimos el genio de la política, que es el enemigo natural de la poesía" explica[13]:

> Los románticos actuales no desdeñan la égloga sino porque Teócrito y Virgilio escribieron algunas. Si no fuera por esta razón, la apreciarían mucho, pues nadie ignora que la ganadería y el pastoreo estuvieron en honor durante la Edad Media, así entre los castellanos como entre los árabes. Pero Virgilio y Teócrito son poetas *clásicos* y es cosa decidida que nada bueno pudieron hacer, y que es menester huir como de una serpiente de los géneros en que se ejercitaron.

La poesía eglógica sufría, pues, las consecuencias de ser un género eminentemente clásico. Si por ello había sido uno de los más cultivados en períodos clasicistas, como había ocurrido en el Renacimiento y en el siglo XVIII, su popularidad se atenuaba en épocas en las que imperaban corrientes literarias alejadas de los cánones clásicos.

De todo ello era consciente Juan Gualberto González que se muestra reticente y poco decido a publicar su traducción de Virgilio. En una carta de 18 de agosto de 1841 dirigida a Lista (véase Juretschke 1951: 658-665) González aludía a este temor suyo y al rechazo que el Romanticismo profesaba a la bucólica y a los poetas clásicos:

> [...] con el sentimiento mismo que Vmd. manifiesta de que no estemos conformes en que la escuela de Meléndez sea la única verdadera en poesía, y en que mi *Licio* [Lista] no hiciese bien en escoger la de Rioja y en aprenderse de memoria a Horacio y a Virgilio.

Y más adelante, hablando de su traducción de la epístola a los Pisones que tenía encerrada desde 1822 tras haber sido corregida por Lista y Reinoso, dice:

> Vmd. no la ha vuelto a ver; y esto, y al estar hoy en descrédito todo lo clásico, aunque espero que vuelva triunfante, como ya empieza a estarlo

[13] En la reproducción de pasajes de obras del XIX y de fragmentos de las traducciones estudiadas modernizo y regularizo la ortografía y la puntuación.

> más allá del Pirineo; y sin eso el miedo al público, y a los censores como Fileno, y como yo lo soy con él, a los Hermosillas, a los Gallegos y a mis predecesores en la traducción, me tiene todavía remiso e inobediente a las provocaciones de Vmd. y de otros. ¿Y por qué no se acuerda Vmd. ya de la traducción de las églogas dieciocho años más antiguas y que Vmd. aprobaba? Por miedo al romanticismo que se reiría de Menalca y de Melibeo, sin embargo de que los franceses continúan favoreciéndolo con nuevas traducciones.

González, no obstante, olvidó sus recelos y se decidió a publicar su traducción. Pero en el prólogo de la misma, vuelve a insistir en la polémica creada en torno al género y manifiesta abiertamente cuál es su postura al respecto. Así, al exponer los motivos que le habían animado a publicar su versión de las *Bucólicas* declara:

> Había además otra razón tanto o más poderosa para mí. Cuando yo emprendí y acabé mis traducciones, no había nacido el romanticismo, ni creyera después que llegase a tal punto entre nosotros que fuesen despreciados un Virgilio y un Horacio, y los modernos que siguieron su escuela adoptada y reverenciada sin interrupción por espacio de diez y nueve siglos. Ahora ya se nota una reacción correspondiente o cuando menos una especie de transacción entre las dos opuestas escuelas, dejando a cada una lo que tiene digno de imitarse: a la clásica sus reglas invariables, y a la romántica su vuelo, libre de las trabas que se le habían impuesto con excesivo rigor; reconociendo la máxima de que todos los géneros son buenos, menos el fastidioso, como han dicho los modernos clásicos: o si consiguen deleitar o instruir, y mejor ambas cosas, como dijeron los antiguos (pp. III y IV).

Sigue explicando como los franceses "de quienes recibimos lo bueno y lo malo a ojos cerrados", si bien "no han renovado con el ejemplo el gusto de las églogas, tan de moda en su mejor siglo literario, y en el nuestro hasta fines del siglo anterior, ilustrado con el *Batilo* y el *Zagal del Tormes*", sí, sin embargo, "han renovado en multiplicadas ediciones, versiones y comentos de obras de la antigüedad sin omitir las del género pastoril[14]". Confiesa, por otra parte, que no escribiría poesía bucólica porque ni el género ni su filosofía van con los tiempos. Pero la traducción es otra cosa. Reconoce, no obstante, que "ni en mi afición a la poesía"

[14] El alto número de ediciones y traducciones de las *Bucólicas* que se hicieron en Francia durante el siglo XIX puede comprobarse en el tomo CCXII del *Catalogue général de livres imprimés de la Bibliothèque Nationale.*

habría traducido a los bucólicos si empezara de nuevo, sino a Propercio o Tibulo, autores aún muy pocos vertidos al castellano. Si se había decidido a publicar su traducción, era porque ya habían editado las suyas Hidalgo y Lorente, y, sobre todo, por su empeño en recuperar el aprecio por el género. González, pues, expresa su rechazo al romanticismo intolerante que desprecia a los clásicos latinos y a los clásicos modernos que siguen e imitan a aquellos, y se manifiesta en favor de la tradición bucólica y de sus máximos representantes, invocando en su apoyo el ejemplo de Francia, donde a pesar del triunfo del Romanticismo, se mantenía vivo el respeto por la cultura clásica. Sin embargo, González, a pesar de su defensa de la poesía eglógica, no oculta, en un intento quizás de captar la benevolencia del lector, un cierto pesar por haber elegido un género tan impopular en la época.

A tenor de todo lo dicho, parece que en las primeras décadas del XIX, la tradición grecolatina y las tendencias clasicistas habían entrado en una época de olvido y letargo, provocada por el nacimiento del Romanticismo y de nuevos gustos literarios. Sin embargo, no todos están de acuerdo en que realmente éste fuera un siglo tan ajeno a la cultura y a la tradición clásica. Mª Carmen García Tejera en un trabajo donde estudia las traducciones que durante esa centuria se hicieron del *Ars Poetica* de Horacio, apunta:

> Hay que afirmar una vez más -lejos de ciertas tendencias simplificadoras- que el siglo XIX es también un siglo complejo en lo que se refiere a la transmisión de la tradición retórica. En España, la enseñanza de la preceptiva literaria se nutrió, fundamentalmente, de traducciones [...]. Pero, además, estos manuales [de retórica, poética, preceptiva literaria] destinados a la enseñanza -secundaria e incluso universitaria- contenían textos de autores clásicos cuya lectura y memorización era, como veremos más adelante, obligatoria para los estudiantes, de ahí que, por razones pedagógicas -facilitar la comprensión y el aprendizaje de los textos- se tradujeran en la mayoría de los casos o, al menos, se anotaran. Este siglo conoció el mayor número de traducciones del *Arte poética* de Horacio: más de veinte, frente a diez o doce del XVIII. (García Tejera 1994: 53-54)

Sigue luego la autora exponiendo las causas de esta proliferación de traducciones: el prestigio que seguía teniendo la epístola horaciana entre los humanistas y literatos, y los nuevos planes de estudios para Enseñanza Media, en concreto los de 1850, que establecían que todos los alumnos debían aprender de memoria la epístola de Horacio a los Pisones.

Lo dicho hasta aquí se refiere a Horacio, cuyo prestigio como poeta y preceptista se mantiene intacto durante el XIX pese a la supuesta ruptura de esa centuria con la tradición clásica (cf. García Tejera 1994: 64). Pero, ¿qué ocurre con Virgilio y, en especial, con sus *Bucólicas*, género denostado como el que más por el Romanticismo?

Según los catálogos de Menéndez Pelayo y otras fuentes consultadas[15], en España o en el ámbito hispano se editaron en el siglo XIX catorce traducciones de esta obra frente a las cuatro del XVIII, un siglo eminentemente clasicista. Contando tanto traducciones completas como parciales de una o varias églogas sueltas, en el Setecientos se publican las traducciones de Bes y Labet (*ca.* 1771), Larrañaga (México, 1787), Mayans (1777-1778), López de Sedano (1768) -estos dos últimos recopilan en sus libros no traducciones propias de las églogas, sino versiones de otros autores-. Durante el siglo siguiente vieron la luz las de Hidalgo (1829), Lorente (1834), Montes de Oca (1834), Juan Gualberto González (1844), Graciliano Afonso (1854), Mateo Amo (Manila, 1858), Ochoa (1869; 1879), M. A. Caro (Bogotá, 1873), Baráibar (1876), A. Pascual de Iturriaga (traducción al vascuence de la égloga I, 1842), F. de Uzuriaga (1857), Quintiliano Sánchez (Latacunga, 1879; Quito, 1890), Salas Errázuriz (Santiago de Chile, 1888). Se suma a éstas una traducción publicada en Cádiz en 1859, perteneciente a la biblioteca de autores griegos y latinos, aprobada por el gobierno para uso de los establecimientos de segunda enseñanza, con título *Virgilio, Las Bucólicas. Églogas escogidas y notas* de F. de P. Hidalgo; pese a la coincidencia de nombres, no es la traducción de Félix María Hidalgo, como piensa Menéndez Pelayo. Un total de catorce traducciones, si no he olvidado ninguna, frente a las cuatro del siglo anterior.

Parece, pues, por el alto número de traducciones publicadas, que si bien la creación bucólica sufrió un retroceso durante el XIX, el estudio y, en consecuencia, el respeto por los modelos clásicos y, en particular, el latino, Virgilio, siguió vivo e incluso cobró nuevos bríos. En buena parte, esta proliferación de traducciones y ediciones de Virgilio vino motivada por los cambios en el sistema educativo, la generalización de la educación y las reformas de los planes de estudios, lo que prueba el peso que aún

[15] Las obras de Menéndez Pelayo son las que cito en la nota primera; las otras fuentes a las que me refiero son: García Armendáriz (1999) y Virgilio (1990: 162-165 para las *Bucólicas*). A todas estas obras remito para imitaciones de las *Bucólicas*, versiones libres, traducciones de fragmentos, traducciones ocasionales, manuscritas y aquellas de las que sólo se tiene referencia.

tenía el poeta latino en la formación humanística, pese a su menor influencia en la creación literaria. La poesía virgiliana seguía siendo, por tanto, un referente ineludible en la educación europea, y asignatura obligatoria e imprescindible. Queda ello confirmado por las palabras de Juan Gualberto González en el prólogo antes citado: "Y en testimonio principalmente de que sigue entre nosotros como en los extranjeros la afición a los clásicos antiguos, sin excluir este género de poesía" (p. VI).

Durante el siglo XIX hay, pues, una bifurcación entre la creación poética, más alejada de los cánones clasicistas, y la preceptiva, los estudios filológicos y el mundo academicista que seguían considerando el mundo clásico como referencia obligada. A pesar de los embates del Romanticismo contra los clásicos y el clasicismo, se mantuvo activo un grupo de humanistas y estudiosos que siguieron traduciendo, editando y comentando a Virgilio, apuntalando así la vigencia de la literatura y la tradición clásicas. Hidalgo, González y el resto de nuestros traductores forman parte de ese grupo de preceptistas y traductores que, en palabras de Menéndez Pelayo, "mantuvieron vivo en España un movimiento humanístico muy señalado durante el primer tercio del siglo XIX" (cf. Menéndez Pelayo 1950-1953: VI,416; y Roldán 1984: 495).

3 Las traducciones y su recepción entre sus contemporáneos

Las cuatro traducciones seleccionadas recibieron, al poco de salir de la imprenta, las censuras, más o menos favorables, de críticos literarios contemporáneos; no pasaron, por tanto, inadvertidas y algunas de ellas tuvieron muy buena acogida. La de Hidalgo es reseñada por Alberto Lista, un año después de su aparición, en el número 169 de la *Gaceta de Bayona* (de 14 de mayo de 1830). La de González había obtenido la aprobación también de Lista según cuenta el propio traductor en la carta de 18 de agosto de 1841 antes mencionada. Por otra parte, como ya he dicho antes, Eugenio de Ochoa reeditó en su *Virgilio* de 1869 la traducción de Montes de Oca por temor a que, de no hacerlo, acabara perdiéndose. Y todas ellas fueron juzgadas positivamente por Menéndez Pelayo en las obras que dedicó a las traducciones españolas de los autores latinos.

Pero pasemos ya a la revisión de las críticas que recibieron. Para que el lector pueda conocer al menos una pequeña muestra de cada una de ellas, he transcrito en el apartado dedicado a cada autor los cinco primeros versos de la égloga primera y los siete de la cuarta[16].

[16] Los cuatro autores eligieron el verso para sus traducciones, y todos ellos, a excepción de Montes de Oca, añadieron texto latino y notas.

3.1 Félix María Hidalgo (1829)

La calidad y belleza de la traducción de Hidalgo es resaltada por muchos. Dice, por ejemplo, Cueto (*loc. cit.*):

> Su obra más conocida es la traducción de las *Églogas* de Virgilio, la cual, según opinión de doctos críticos, es acaso la más perfecta que de estas églogas se ha hecho en versos castellanos. Fue publicada en Sevilla (imprenta de H. Dávila, Llera y Compañía, 1829) con ilustraciones extensas y curiosas notas, llenas de erudición y sano criterio.

Los metros castellanos elegidos por el traductor fueron el terceto para la primera égloga y la octava real para la cuarta[17]. En cuanto a las notas, el propio Hidalgo reconoce que sigue la edición francesa de J. Delille, Langeac y Michaud[18], si bien él añadió comentarios y citas sobre literatura española.

ÉGLOGA PRIMERA. TÍTIRO Y MELIBEO

MELIBEO

Tú aquí so el haya, o Títiro, coposa
Estás tendido, y sigues ensayando
El son de tu zampoña melodiosa.
Nosotros, esta tierra abandonando,
Y aquestos campos y este cielo hermoso,
De la patria nos vamos alejando.
Tú a la hermosa Amarili estás ocioso
A la sombra cantando en la espesura,
Y Amarilis resuena el bosque hojoso.

ÉGLOGA CUARTA. MARCELO[19]

Cantemos ora, o musas sicilianas!
En acentos más nobles y elevados,
Que no siempre el cantar de las lozanas
Flores complace y los humildes prados;

[17] Si bien la primera estrofa es una sexta rima. Hidalgo también traduce en tercetos la égloga quinta; para la segunda, sexta, octava y décima prefiere la silva; serventesios para la tercera y la novena; y la mezcla de endecasílabos blancos y sexta rima para la séptima.

[18] *Les Bucoliques de Virgile*, París, chez Giguet & Michaud, 1806.

[19] Así la titula Hidalgo siguiendo la pauta de la edición francesa; sin embargo, Lorente, González y Montes de Oca prefieren el nombre de *Polión*.

Y aunque también las selvas celebremos,
Que del Cónsul sea dignas procuremos.
La postrimera edad ya está cumplida,
que anunció la Sibila a los humanos.
Largos siglos de paz no interrumpida
A los tiempos se avanzan más lejanos
Renuévase la tierra que regida
Vuelve a ser de los dioses soberanos:
Y de la altura un pueblo esclarecido
Bajar a habitar el mundo corrompido.

Menéndez Pelayo enjuicia de muy distinta forma esta traducción en sus *Traductores de las Églogas y Geórgicas de Virgilio* y en el capítulo de los traductores españoles de las *Bucólicas* de su *Bibliografía hispano-latina clásica* (1950-1953: IX:214-215 y 35-42). En sus *Traductores*, el santanderino elogia esta "elegante traducción" diciendo que

> es de todas las versiones castellanas de las *Églogas*, la que con más gusto se lee, aunque no es siempre la más fiel y el traductor parafrasea a veces y otras acorta y aún suprime o altera por motivos de delicadeza moral que le honran. Así en la égloga II, Alexis está convertido en la pastora Galatea[20]. [...] Fuera de esto, y de la dificultad y pobreza de algunas rimas, la traducción del poeta sevillano merece no pequeña alabanza. Sus versos están llenos de amenidad, de gracia y halago, sin nada de la tirantez y aire solemne a que nos tiene acostumbrados aquella escuela. Hay pasajes del original traducidos insuperablemente.

Alaba asimismo los comentarios con los que Hidalgo enriqueció las notas tomadas de la edición francesa ya que el traductor era "no menos buen humanista que agradable poeta".

En el segundo catálogo mencionado, Menéndez Pelayo tras elogiar la versión y a su autor que, como alumno de Lista, fue digno representante de la escuela sevillana, más parecido a "la blanda y apacible manera de Lista que a la enfática y rígida de Reinoso", se vuelve más duro en su juicio:

> Hidalgo, como traductor de las *Églogas*, no tiene ni la fidelidad literal de D. Juan Gualberto González, ni el sabio artificio de dicción de D.

[20] El cambio de sexo al que Hidalgo, siguiendo de nuevo a Delille, somete a Alexis para enmascarar la posible homosexualidad de los pastores de la segunda égloga virgiliana lo ha estudiado García Armendáriz (1999).

> Miguel A. Caro, ni la lozanía y pompa de estilo de Pagaza, ni menos los relámpagos de genio que en medio de su incorreción y llaneza suele tener Fr. Luis de León. Carece de cualidades sobresalientes, pero posee cierto género de templada y discreta elegancia que hace muy amena la lectura de su versión, si se perdona lo difuso, y a veces lánguido, de la paráfrasis, y la dificultad y pobreza de algunas rimas.

Alberto Lista en su crítica publicada en la *Gaceta de Bayona* analiza pormenorizadamente la égloga séptima. Entre las cualidades del traductor destaca Lista el conocimiento de ambos idiomas, la erudición literaria, su gusto por la poesía, su talento en la versificación y su genio creador. El sevillano considera una cualidad imprescindible para ser buen traductor el ser un buen poeta:

> la originalidad no es menos necesaria en las traducciones y quien no es capaz de crear por sí, tampoco lo será de verter en otra lengua las creaciones de un poeta como Virgilio.

Pero no oculta Lista que junto a versos muy bellamente traducidos que recogen a la perfección la sencillez pastoril, hay otros donde Hidalgo añade o suprime innecesariamente y otros donde no alcanza el tono o el significado adecuado. Le critica asimismo que en ocasiones parafrasee en demasía, aunque le disculpa atribuyendo estos defectos a la dureza de las leyes métricas y de la consonancia, y no desde luego a la falta de talento poético, que Hidalgo demuestra sobradamente en su traducción, como también lo había hecho en composiciones propias.

Las palabras finales, desde luego, no podían ser más elogiosas:

> esta traducción quedará como clásica (pues la de León es demasiado atrevida y licenciosa) hasta que su autor en otra edición, o algún traductor futuro, se valga de las bellezas y defectos de la presente para hacerla más correcta.

Pero aún ve Lista otro don en la traducción de Hidalgo: el aprecio que éste siente por la literatura del XVI que se demuestra en las numerosas citas de poetas de este siglo que enriquecen sus notas. Genio creador, erudición y amor por la poesía se dan la mano, pues, en Hidalgo[21].

[21] En nuestro tiempo la traducción de Hidalgo ha sido comentada por Ruiz Lagos (1974). En otro momento de este artículo, en concreto cuando analiza el *Discurso sobre la unión*

3.2 Manuel Montes de Oca (1834)

La versión de las églogas I y IV de Montes de Oca -la primera de ellas en silva y la segunda en octavas reales- sigue el estilo de Hidalgo y tiene intención poética. Así opina al respecto Menéndez Pelayo[22]:

> Montes de Oca era discípulo de D. Alberto Lista, y tradujo estas dos églogas con mucha pureza de lenguaje y en el correcto, elegante y limpio estilo propio de la escuela sevillana, si bien, a mi juicio, no llegó a superar a su predecesor Hidalgo.

TÍTIRO Y MELIBEO

MELIBEO

Títiro, tú so la extendida copa
Del haya recostado,
Con tu sutil avena
Ejercitas la agreste cantilena.
Dejamos ¡ay! nosotros
Los lindes de la patria y dulce prado,
Nosotros, tristes, de la patria huimos,
Tú, Títiro, en la sombra deliciosa,
Tranquilo al bosque a resonar enseñas
Amarílida hermosa.

ÉGLOGA CUARTA

Un poco alcemos nuestro rudo acento,
¡Oh sicilianas musas! y acordada
Entone nuestra voz, con noble aliento,
Más peregrina empresa y elevada:
No a todos dan los árboles contento
Ni el tamariz humilde les agrada;
Y si en las selvas cánticos se emplean,
Dignas del Cónsul nuestras selvas sean.

---

que entre sí tienen la razón y el buen gusto, Ruiz Lagos afirma que el pensamiento poético del gaditano simboliza la conjunción del clasicismo de la escuela sevillana, que aprendió de sus maestros Reinoso y Lista, con las nuevas corrientes naturista y romántica.

[22] No he podido localizar la edición príncipe de esta traducción, que he leído en la edición de Ochoa de 1869. Los datos tipográficos, la advertencia del autor -donde Montes de Oca rehúsa considerarse literato- y otros detalles los he obtenido de Menéndez Pelayo (1950-1953: IX,46-54 y 216-217).

Ya la postrera edad nos ha llegado
Que un tiempo la de Cumas predijera,
y el orden de los siglos renovado,
Torna también la virgen justiciera,
Saturno vuelve su feliz reinado
Con leda faz a la terrena esfera,
Ya desciende a poblar el ancho suelo
Nueva progenie del empíreo cielo.

3.3 Francisco Lorente (1834)

La traducción de Lorente está dedicada a sus antiguos alumnos Manuel Fernández Durán, marqués de Perales y conde de Villanueva, y a su hermano don Carlos, individuo de la Real Maestranza de Valencia. Las *Bucólicas* van seguidas por un *Apéndice sobre el Cantar de los Cantares de Salomón,* ya que el autor consideraba esta pieza "el modelo más antiguo de poesía pastoral"[23].

ÉGLOGA PRIMERA. TITIRO Y MELIBEO

MELIBEO

Tú, Titiro a la sombra recostado
Bajo el toldo frondoso de esa encina,
La pastoril tonada
Ensayas con tu flauta delicada.
Yo de mi patria los confines dejo,
Tú tendido a la sombra sin cuidado
Haces que el nombre de Amarili hermosa
Repita sin cesar la selva hojosa.

ÉGLOGA CUARTA

Remontemos, oh Musas Pastoriles,
Un poco nuestro estilo, que no a todos
Las selvas, el taray y los rediles
Deleitan. Si las selvas celebramos,
Sea en sublimes modos,
Adecuados al Cónsul que alabamos.

[23] El ejemplar consultado en la Biblioteca Nacional de Madrid incluye también su *Traducción de los Cánticos de Salomón* publicada en Valencia, Imprenta de Muñoz y Compañía, en 1822. Por otra parte, los juicios de Menéndez Pelayo sobre Lorente que cito, se encuentran en 1950-1953: IX,42-46, 58-62 y 216.

El siglo ya se acerca postrimero
Que la Sibila nos dejó anunciado.
Un nuevo orden de cosas lisonjero
Veo que ha comenzado.
Ya la Justicia, abandonando el cielo,
Torna a habitar el suelo.
Ya de Saturno el siglo fortunado
Otra vez en la tierra es renovado.
Ya Jove desde el cielo nos envía
Una prole que hará nuestra alegría.

Esta traducción se caracteriza por la literalidad, buscada conscientemente por su autor. Lorente manifiesta en la advertencia al lector que su pretensión había sido respetar el original todo lo posible, por lo que había prescindido de otras traducciones. Sin embargo, sí había acudido a ellas, porque en absoluto las desdeñaba, para las notas explicativas, para las que, de hecho, Lorente remite a la traducción de Hidalgo. Éstas son sus palabras:

> Como no soy amigo de muchas notas, y por otra parte es muy fácil leer cuantas se quiera de las muchas que los intérpretes de Virgilio han escrito, me contento con recomendar la lectura de las que lleva la traducción de D. Félix María Hidalgo, sin añadir a la mía, sino las que llevo dichas, y una que otra, que he creído necesaria. Confieso que no me he valido para hacer mi traducción de ninguna de las anteriores, no por orgullo, ni porque desconozca el mérito de alguna de ellas; sino porque he querido conservar, en cuanto me ha sido posible, el sentido literal, el tono, y hasta los giros del original, sin alterar los pensamientos, ni su modo de expresarlos.

Efectivamente, la versión es fiel al texto, aunque al estar en silva, la literalidad debe plegarse en ocasiones a las reglas métricas. Menéndez Pelayo le reconoce que se ajusta al texto, también cierta fluidez aunque desaliñada, pero le critica "falta de estilo y de color poético" y la sitúa por su estilo en "el tiempo de Iriarte o de Salas".

Quizás ese afán por la literalidad se deba a que Lorente era sobre todo profesor, y como profesor, estudioso y amante de los clásicos, acometió la traducción de Virgilio.

> Vosotros sabéis también, que vuestro predilecto entre todos los autores del siglo de Augusto es aquel Virgilio que tanto os deleita, cuya *Eneida* habéis leído tantas veces, y cuyas *Bucólicas* aprendisteis de memoria.

> La traducción de estas, pues, os dedica aquel que tanto os ama, aquel que os educa, no con el ceño adusto de un preceptor, sino con la dulzura y suavidad de un amigo sincero y apasionado.
> El haberme dedicado en mi juventud a los poetas latinos, el haberlos interpretado después a mis discípulos durante algunos años que me ocupé en la enseñanza de las bellas letras, me aficionó más y más a ellas, y me movió a emprender esta traducción.[24]

3.4 Juan Gualberto González (1844)

González tradujo, además de a los bucólicos latinos, el *Ars Poetica* de Horacio. De esta traducción dice Mª Carmen García Tejera:

> La exactitud es una de sus cualidades esenciales. Opina Menéndez Pelayo que, más que traducir, calcó el texto horaciano. Valora también en él su atinadas interpretaciones y sus valiosas notas. Pero la versificación empleada -endecasílabos sueltos- aunque resulta correcta, se resiente -a juicio de Don Marcelino- "de dificultad y aspereza", faltas que atribuye -y, por la misma razón, disculpa- al hecho de que no fuera poeta aunque sí excelente humanista. (García Tejera 1994: 164)[25]

Así pues, la fidelidad al texto es una de sus principales cualidades y quizás también defectos. González es un buen humanista y buen filólogo, pero no es un gran poeta. Él mismo lo reconoce en el prólogo: "ni en mi afición a la poesía, que por falta de ingenio y de invención, dotes indispensables en el poeta, he limitado a traducir".

También la principal característica de su traducción de las *Églogas*[26], realizada en endecasílabos blancos, es la literalidad. Menéndez Pelayo, si bien elogia su exactitud y concisión, tilda sus versos de "duros, apretados y difíciles"[27], tal vez porque González pretendía "traer del latín

---

[24] El primer pasaje está extraído de la dedicatoria al marqués de Perales y a su hermano, y el segundo de la advertencia del autor.

[25] Las palabras de Menéndez Pelayo son de su *Horacio en España*, Madrid, Imp. de A. Pérez Dubrull, 1885.

[26] González dedica su traducción a D. Claudio Martínez de Pinillos y Ugarte, caballero de la orden de Santiago. Además de la versión completa de las *Églogas*, incluida en el primer tomo de su obra, en el tercero, en el capítulo titulado *Apuntes sobre la versificación castellana comparada con la latina,* se encuentra una traducción en hexámetros de la *Égloga* II, resultado del ejercicio de componer hexámetros castellanos y aun más literal que la otra.

[27] Según Menéndez Pelayo y Roldán, en sus traducciones de Nemesiano y Calpurnio, González se toma más libertades y se vuelve más ameno y lleno de matices, quizás por ser

los pensamientos, y aun la frase, el giro, las cadencias de su versificación, en cuanto lo permita la índole de nuestro idioma". Y precisamente por eso, "porque me parece más literal", se animó a publicarla (prólogo p. VI).

ÉGLOGA PRIMERA. MELIBEO, TÍTIRO

MELIBEO

Tú, al pie del haya umbrosa recostado
Títiro, al son del blando caramillo
Vas acordando las silvestres musas.
Nosotros de la patria los confines
Abandonamos y los dulces campos,
Lejos vamos nosotros de la patria,
Y tú a la sombra, Títiro, en el ocio,
A repetir el nombre de la hermosa
Amarilis enseñas a la selva.

ÉGLOGA CUARTA. POLIÓN

El tono alcemos, sicilianas musas,
Un poco más, a todos no son gratos
Arboledas y humildes tamarices.
Si las selvas cantáremos, las selvas
Serán dignas de cónsules. Ya viene
La postrimera edad que la Cumana
Pronosticó en su verso: de los siglos
Renuévase otra vez el orden magno.
Astrea vuelve ya, los tiempos vuelven
Del reino de Saturno con la nueva
Prole que el alto cielo nos envía.

En fin, en opinión de sus contemporáneos, de estas cuatro traducciones, publicadas en un periodo de quince años (1829-1844), dos de ellas, la de Hidalgo y Montes de Oca, son más poéticas y libres, mientras que las de Lorente y González son más respetuosas con el texto virgiliano. En las primeras se muestra más el genio creador de sus traductores, que se permiten ser más poetas, con más éxito desde luego Hidalgo; en las segundas hay un mayor apego al original, porque a sus autores les preocupó más ser traductores y ofrecer una versión fiel al latín.

---

de menor talla los autores traducidos. Sobre la traducción de las *Bucólicas* de González trata Menéndez Pelayo (1950-1953: IX,219-221).

Es difícil, desde luego, respetar la literalidad del texto cuando se decide hacer una traducción en verso, ya que el cumplimiento de las leyes métricas prevalece sobre cualquier otra consideración. La métrica impone, pues, una servidumbre que casa mal con la consecución de una traducción respetuosa con el original. Pero no vamos a juzgar ahora cómo se entendía en el ochocientos una traducción fiel al texto, ni, por supuesto, resucitar la vieja polémica entre traducción en prosa y traducción en verso[28], porque, lo cierto es que, a pesar de haber utilizado el verso, las traducciones de González y de Lorente son, por este orden, las más literales. El motivo básico de la literalidad de sus versiones está en que sus autores se comportaron como traductores sin pretender ser otra cosa[29]. Si a Hidalgo y a Montes de Oca no les importó recrear en ocasiones el texto virgiliano, González y Lorente se empeñaron en ofrecer una versión que dejara ver detrás de ella la grandeza del poeta latino, sin añadir ni quitar nada, o al menos hasta donde les fuera posible.

Ya hacía esta distinción Menéndez Pelayo entre Hidalgo y González, porque si, a su entender, aquél fue un poeta, éste fue un humanista; junto a Hidalgo se alinea Montes de Oca, y junto a González, Lorente. En efecto, lo que diferencia a unas traducciones de otras es el que sus autores las acometieran los unos como poetas y los otros como filólogos. Y lo que las une, entre otras cosas, es el haber contribuido a la restauración de los clásicos grecolatinos y a mantener viva la presencia en España de las lenguas y literaturas clásicas durante el siglo XIX.

Referencias bibliográficas

BALCELLS, José Mª. 1979. "Explicación de *El pastor Clasiquino* de Espronceda", *Monteagudo*, 67.

GARCÍA ARMENDÁRIZ, José-Ignacio. 1999. "*Formosum Pastor Corydon ardebat Alexin.* Lecturas y traducciones de la segunda *Bucólica* en los siglos XVIII y XIX", en Francisco Lafarga (ed.), *La traducción en España (1750-1830). Lengua, literatura, cultura*, Lleida, Universitat de Lleida, 263-275.

[28] Sobre ella sólo quiero recordar un testimonio cercano a nuestros traductores: la defensa vehemente de las traducciones en verso realizada por Menéndez Pelayo cuando habla elogiosamente de la versión de González (1950-1953: IX,219-221).

[29] Quizás por ello ambos eligieran dos metros castellanos no demasiado rígidos: el endecasílabo blanco sólo impone la sujeción del número de sílabas, y en la silva tanto éste como la rima se repiten de una forma mucho más libre que en otros metros.

GARCÍA TEJERA, Mª Carmen. 1994. "Algunas notas sobre las traducciones españolas de la *Poética* de Horacio en el siglo XIX", en Luis Charlo (ed.), *Reflexiones sobre la traducción*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 53-66.

JURETSCHKE, Hans. 1951. *Vida, obra y pensamiento de Alberto Lista*, Madrid, CSIC.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. 1879. *Traductores de las Églogas y Geórgicas de Virgilio,* Madrid, Imprenta Central.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. 1950-1953. *Bibliografía hispano-latina clásica*, Santander, Aldus, 10 vols. (*Obras completas*, XLIV-LIII): VIII-IX.

ROLDÁN PÉREZ, Antonio. 1984. "Juan Gualberto González, traductor de las *Églogas*", en *Simposio Virgiliano Conmemorativo del Bimilenario de la muerte de Virgilio*, Murcia, Universidad de Murcia, 493-503.

RUIZ LAGOS, Manuel. 1974. "Félix Mª Hidalgo o el recuerdo añorado de los clásicos greco-latinos", en *Ilustrados y reformadores en la Baja Andalucía*, Madrid, Editora Nacional, 210-227.

RUIZ LASALA, Ignacio. 1977. *Bibliografía zaragozana del siglo XIX*, Zaragoza, Institución "Fernando el Católico" (CSIC)-Diputación de Zaragoza.

VIRGILIO MARÓN. 1990. *Bucólicas. Geórgicas. Apéndice Virgiliano.* Introducción general de José-Luis Vidal; traducciones, introducciones y notas por T. A. Recio García y A. Soler Ruiz, Madrid, Gredos.